

TEORIA Y PRAXIS POLITICA EN LA REVOLUCION SANDINISTA

LUIS SERRA

Argentino radicado en Nicaragua desde 1980, Sociólogo e Historiador,
autor de diversos estudios sobre las organizaciones populares, la religión y la educación en el proceso revolucionario.

El objetivo de esta presentación es motivar la reflexión filosófica y sembrar la inquietud sobre la problemática de la vinculación entre la teoría y la praxis política en nuestro proceso revolucionario. Por limitaciones de tiempo y de mi propia formación filosófica, sólo pretendo compartir estas reflexiones provisionales para abrir un diálogo enriquecedor entre todos los participantes en este Coloquio.

I. Relevancia del tema

¿Qué importancia tiene este tema de las relaciones entre la teoría y la praxis política en nuestra revolución?

Existe, sin duda, un interés académico, en tanto la vinculación entre teoría y praxis política nos remite al debate sobre cual es la investigación universitaria y la docencia que se corresponden con la realidad que vivimos. También la problemática de la relación entre universidad y sociedad se enmarca dentro de la dialéctica global entre teoría y praxis política. Sin embargo, este interés no creo que sea el fundamental.

La relevancia de este tema se debe, más bien, a que aborda la cuestión del rumbo de la revolución, es decir, si hay un avance dialéctico —entendido como la superación de sus contradicciones— o si se trazan círculos concéntricos por una inadecuada vinculación entre la teoría y la praxis política. Este tema nos plantea la cuestión de la **autoconstitución del sujeto revolucionario**, es decir la formación de las clases trabajadoras como sujeto consciente, transformador de la realidad y de sí mismo.

Por otro lado, el tema de la relación teoría—praxis plantea cuestiones tales como la superación de los errores propios y ajenos, la originalidad, creatividad y aporte de la revolución sandinista, la relación entre el trabajo manual e intelectual, y por último, este tema nos ayuda a comprender el papel de la filosofía, o mejor dicho, de los filósofos revolucionarios en la actualidad.

II. Una conceptualización previa

Nuestro propósito no es analizar y discutir los conceptos de “teoría” y “praxis”, así como su mutua vinculación, sino que partiremos de la concepción marxista para reflexionar sobre nuestro proceso revolucionario.

En este coloquio ya estamos familiarizados con la concepción marxista de la teoría y la praxis, por lo que no me extenderé. El concepto de **praxis** se ha definido como “*una actividad material humana, transformadora del mundo y del mismo hombre.*” (1) La praxis es una actividad real y objetiva ya que se realiza con objetos materiales que existen independientemente del sujeto aunque, por otro lado, la praxis posee un carácter subjetivo y consciente en tanto persigue un fin predeterminado por el hombre.

La praxis constituye una categoría central del marxismo, aunque no ha recibido la atención que merece. Esta trascendencia de la praxis obedece a que antropológicamente el hombre es en y por la praxis; desde el punto de vista histórico porque la historia es praxis; desde una visión gnoseológica la praxis es fundamento, criterio de verdad y fin del conocimiento; y ontológicamente la con-

cepción marxista de la praxis permite superar los dualismos tradicionales entre hombre—naturaleza, sujeto—objeto, individuo—sociedad. (2)

Por su parte, la **teoría** se define como una actividad mental que pretende elaborar una explica-

ción del mundo y del hombre.

Podemos diferenciar la teoría y la praxis por sus respectivos fines, objetos medios y resultados, tal como aparece resumido en el siguiente cuadro didáctico.

	Praxis	Teoría
Objeto	Cosas materiales de la naturaleza o sociedad.	Sensaciones, ideas, conceptos, hipótesis.
Medios	Instrumentos y actividades físicas.	Operaciones Mentales.
Fin	Transformar la realidad.	Elaborar explicaciones, teorías, leyes, predicciones.
Resultados	Productos independientes del sujeto creador.	Productos dependientes del sujeto creador.

Esta diferenciación no excluye la vinculación íntima entre ambas que fuera señalada por Karl Marx en sus **Tesis sobre Feuerbach**. Allí Marx criticó tanto el materialismo mecanicista como el idealismo hegeliano, aunque rescató aspectos valiosos de ambos. Del primero retomó la existencia objetiva del mundo y la primacía del ser sobre la conciencia, pero rechazó su menosprecio por la actividad crítico—práctica del hombre, lo cual sí destacó Hegel. En su Tesis I dice:

“El defecto fundamental de todo el materialismo anterior, incluido el de Feuerbach, es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado activo fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal ...”. (3)

Para Marx la **praxis es el fundamento, el punto de partida de la teoría**, tal como señala en la Tesis 8:

“La vida social es en esencia, práctica. To-

dos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica.” (4)

Por otra parte, la praxis constituye el criterio de verdad, la comprobación de la validez de la teoría. Vemos que el mismo Marx supo contrastar las teorías económicas y filosóficas de su tiempo con la realidad para comprobar sus limitaciones y sus aciertos a partir de los cuales él elabora una teoría superior. En la Tesis 2, Marx dice:

“El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento...”. (5)

Por último, la **praxis debe ser el fin de la teoría**, es decir que la reflexión y análisis de la realidad deben apuntar a la transformación práctica del mundo, tal como Marx lo aclara en su Tesis II :

“Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”. (6)

Este proceso de conocimiento del mundo es simultáneamente un proceso de transformación de la realidad y de la conciencia del hombre. La praxis sirve de punto de partida, criterio de verdad y fin de la teoría, mientras que ésta sirve para comprender la racionalidad de la praxis y para trazar los fines que la guían. La teoría cumple las funciones de explicación de la realidad, de comprensión de las formas y medios de su transformación y de proponer las metas que guían a la praxis. La reflexión teórica es necesaria para trascender las limitaciones del "*sentido común*" o "*filosofía espontánea*" que considera a la práctica como autosuficiente (antiteoricismo), identifica lo práctico con lo útil (pragmatismo) y considera que el mundo son las cosas.

El filósofo Alberto Parisí profundiza en la conceptualización marxista de la praxis al definirla como "*la acción práctico-crítica del sujeto social clasista, que es al mismo tiempo, el proceso de su autoconstitución histórica*". (7)

Esta definición enriquece la anterior al explicitar el sujeto social y el proceso de su autoconstitución. Este sujeto social, que en Nicaragua no puede reducirse al proletariado dada su peculiar estructura de clases, actúa transformando el mundo en función de sus intereses, al mismo tiempo y en la medida en que se forma como protagonista consciente, activo y organizado de dicho cambio social. Este proceso de autoconstitución como sujeto histórico, también llamado el tránsito de la "*conciencia en sí*" a la "*conciencia para sí*" de clase, ocurre a través de la praxis y la teoría que él realiza en íntima vinculación.

Para Parisí, el desarrollo espontáneo de las contradicciones existentes en la realidad puede conducir a una resolución no dialéctica. Es decir, que **sólo una praxis revolucionaria unida a una teoría consecuente puede producir una resolución dialéctica de las contradicciones reales**, al mismo tiempo que contribuye a la formación del sujeto histórico clasista. Claro que esta posición difiere de una concepción de la dialéctica como leyes inmanentes que gobiernan el desarrollo de la naturaleza, la sociedad y la conciencia. Para Parisí "*la dialéctica histórico social sólo existe en y por la praxis revolucionaria*". (8)

En síntesis, en la concepción marxista la íntima vinculación entre la praxis política del sujeto clasista y su reflexión teórica es imprescindible para el conocimiento científico de la realidad, para su transformación revolucionaria y para formar a las

clases populares como protagonistas conscientes de la historia. (9)

Hechas estas breves precisiones conceptuales, pasaré a analizar como se observa esta interrelación entre teoría y praxis política en nuestro proceso revolucionario. En particular, me interesa plantear la hipótesis de la existencia de cuatro desfases o discordancias en la vinculación entre la teoría y la praxis política del sujeto histórico clasista, que pasaré a detallar.

III. Desfase entre los ritmos de la praxis y la teoría

Esta primera discordancia se observa entre un ritmo dinámico de la praxis política del sujeto popular y el ritmo lento de su teorización. Observamos que en Nicaragua, desde el inicio del proceso insurreccional contra la dictadura, se ha desatado **un aceleramiento del tiempo histórico**. Cada día ocurren nuevos hechos, cada semana cambia el sentido de la coyuntura. Los cambios se suceden en todos los aspectos de la vida social, sin pausas ni descansos. Esto se observa claramente en los periódicos: hoy se da la discusión popular de la autonomía de la región atlántica, ayer la decisión del Congreso norteamericano de financiar a la contrarrevolución, la discusión sobre la Constitución, las gestiones del Grupo de Contadora, las nuevas medidas económicas, etc.

La revolución significa una serie de transformaciones en todos los campos, una vorágine de actividades donde no tenemos tiempo de analizar lo que terminamos de realizar cuando ya estamos involucrados en la próxima tarea: las elecciones, los cortes, los reasentamientos, el Servicio Militar Patriótico, los huertos, el sexto aniversario, el ayuno evangélico del P. Miguel D' Escoto.

En definitiva, observamos un aceleramiento de la praxis transformadora que no se corresponde con el ritmo de apropiación teórica de esa praxis. Claro que no se puede desconocer el avance enorme realizado en la capacidad de teorización del sujeto clasista. Esto lo señalan frecuentemente quienes vienen de otros países y observan sorprendidos la manera de expresarse de humildes obreros y campesinos, su fluidez, su confianza en sí mismos, su conocimiento político inclusive de complejos temas internacionales. Muchas veces quienes vivimos aquí no vemos este avance con tanta claridad como lo ven quienes perciben el contraste entre los demás países latinoamericanos y Nicaragua.

Es interesante señalar que este avance de la teorización no se correlaciona con el nivel académico formal: podemos encontrar personas sin títulos profesionales desempeñando a cabalidad altos cargos estatales o en organizaciones populares, y viceversa. La revolución significa una ruptura entre el nivel teórico formal y el nivel teórico real. Pero más interesante es comprobar que todavía no existe conciencia sobre este desfase, ya que mucha gente sigue buscando su título de primaria, de bachiller o universitario, pensando que dicho título va a garantizar un cierto nivel de conocimientos, habilidades y conciencia política. En este mismo hecho vemos esa contradicción, ese desfase existente entre la praxis transformadora y la

apropiación teórica de la misma, porque la praxis nos indica algo diferente a la reflexión generalizada que la educación formal no es igual a educación real, y mucho menos que la conciencia política se adquiera con títulos.

Este retraso relativo de la teorización del sujeto histórico respecto de su praxis se podría ejemplificar en muchos otros casos. Lo que falta es la mediación que debe tener la reflexión, la razón, la teorización, a lo interno de la praxis. Porque para Marx, la razón no es un absoluto, ni tampoco es un subproducto de la materia, sino que es algo histórico y socialmente determinado, que posee una función precisa dentro de la actividad transformadora del mundo.



Foto: Rudolf Wedel. Archivo ASTC.

Campana Electoral, Managua, 1984.

En nuestro proceso revolucionario el **activismo de las coyunturas** devora la reflexión necesaria sobre el cambio estructural. El nivel de conciencia popular que existía antes del triunfo contra la dictadura, ahora se manifiesta claramente en contra del imperialismo, pero resta un largo camino para que

el sujeto histórico alcance una claridad similar respecto del proyecto revolucionario, de sus fines, de su estrategia y de su papel protagónico. Es decir, que resta un largo trecho para la autoconstitución del sujeto popular, para la autoconsciencia de su potencial transformador, pese a ser partícipe acti-



Brigadas Voluntarias de Corte de Café

vo de la praxis revolucionaria cotidiana.

Este desfase provoca consecuencias negativas, tales como la falta de apoyo popular a ciertas medidas que se toman cuando el sujeto histórico no tiene claridad sobre sus fines y fundamentos, aunque sí esté claro de las tareas concretas que se espera que ejecute. También el retraso teórico implica muchas veces la repetición de errores y limitaciones anteriores, que impide el avance dialéctico del proceso, es decir, que obstaculiza el desarrollo revolucionario de la realidad y de la conciencia. Inclusive cuando no aparezcan errores o limitaciones obvias en la praxis realizada, la carencia de teorización impide que avancemos en una praxis superior.

Por ejemplo, las brigadas voluntarias que van anualmente a los cortes constituyen un proyecto de integración entre el sector estudiantil-empleado y obrero urbano con el sector campesino-obrero agrícola, además de contribuir a elevar la producción. En muchas ocasiones se logra realizar un aporte productivo y una buena integración del grupo voluntario, pero muy poco se alcanza en ese aprendizaje mutuo entre los dos sectores sociales, aunque sea un objetivo de la movilización y pese a que existe una praxis desde la

Cruzada Nacional de Alfabetización en ese sentido. La falta de una teorización sobre esa práctica, que tome en cuenta las experiencias superiores de algunas brigadas y los aportes metodológicos que pueden brindar la Educación Popular, la Investigación Participativa o la Acción Cultural Conscientizadora, trae como resultado que año tras año repitamos un nivel limitado de praxis transformadora.

Otro ejemplo conocido son las entregas de tierras y títulos al campesinado. Por un lado, tenemos una praxis abrumadora: dos millones de manzanas entregadas a más de cincuenta mil familias. Pero por el otro lado, vemos una apropiación teórica raquítica en cuanto al avance logrado en el nivel de conciencia de ese campesinado sobre el proyecto revolucionario y su papel en el mismo, así como en el nivel de integración orgánica de ese campesinado en el proceso revolucionario.

Este desfase entre una praxis acelerada y una teorización lenta, significa el predominio del "sentido común" que es antiteórico, que desprecia la actividad teórica como una pérdida de tiempo, que rechaza el trabajo de intelectuales y filósofos como "verborréticos. En definitiva, este desfase significa **el entronizamiento del pragmatismo.**

que postula que lo verdadero es lo útil, cuando desde la perspectiva marxista es a la inversa: las cosas son útiles en la medida que son verdaderas.

Este pragmatismo nos conduce a caer en **posturas inmediatistas**, que priorizan los cambios materiales inmediatos sin preocuparse por el sentido global de la estrategia. Entonces, creemos que por entregar viviendas, medicinas, escuelas o tierras estamos haciendo revolución, sin tener en cuenta la enorme distancia que separa la satisfacción de necesidades materiales, aunque sentidas por el pueblo, y la revolución como autoconstitución del sujeto histórico, es decir elevar su nivel de conciencia, organización y participación en el trabajo creador y transformador de la realidad.

Puede argumentarse con toda razón que este desfase entre la dinámica de la praxis y la teoría es “lógico” en un proceso revolucionario de escaso desarrollo, y con un peso histórico enorme de atraso y dependencia. No es preocupante comprobar este desfase al hacer un corte estático en el sexto año del proceso revolucionario, sino que preocupa no percibir una tendencia clara de superación de dicha discordancia. Porque en la causalidad de este desfase hay que diferenciar los factores objetivos, de difícil superación inmediata, de los factores subjetivos que sí permiten modificarse en la medida que exista claridad teórica y voluntad política.

Entre los factores objetivos que influyen en ese desfase, podemos mencionar la rápida reacción en cadena que genera cualquier transformación revolucionaria en todos los niveles de la estructura social: el analfabetismo, el bajo nivel escolar y el peso ideológico de los sectores reaccionarios; las innumerables tareas que demanda diariamente la consolidación y defensa del poder popular conquistado en 1979.

En cuanto a los factores subjetivos, podemos señalar el activismo dominante en las organizaciones de masas y partidos políticos; la desvinculación entre el sistema educativo formal y la praxis real sumado al uso de una didáctica vertical y memorística; las limitaciones de los medios de comunicación masivos en cuanto a la participación popular, el análisis crítico y la objetividad.

IV. Desfase entre la teorización universal y la praxis local.

En segundo lugar, quiero señalar las discordancias

existentes entre la teorización universal y la praxis local, que en parte ya se han debatido en este Coloquio.

En toda revolución es necesario integrar todo el acervo científico de la humanidad. Ya señalamos que en la relación entre teoría y praxis, la primera debe tener como fundamento la segunda, es decir que la teorización en Nicaragua debe basarse en la realidad local para dar cuenta de ella. Pero no podemos limitarnos a la praxis nacional y a nuestro análisis sobre ella, para comprender su proyecto, sus fines y caminos de transformación, sino que debemos tomar en cuenta la teorización realizada por otros pueblos, especialmente la proveniente de otros procesos revolucionarios contemporáneos.

En esta relación con la teoría universal observamos dos tipos de discordancias opuestas. Una podría llamarse “**la soberbia de la originalidad**”, que significa desconocer una serie de avances realizados en otras revoluciones, que son válidas para Nicaragua, y pretender que aquí vamos a inventar todo de cero dadas las características “únicas” del país. Esta postura desconoce que estamos finalizando un siglo que se inició en 1917 con la Revolución de Octubre que abrió la etapa histórica mundial de la transición al socialismo, un siglo sembrado de experiencias revolucionarias, la mayoría de ellas en países del llamado “Tercer Mundo” con condiciones socio-económicas y de agresión similares a las nuestras.

Sin embargo, desconocemos muchas veces el aporte de esas revoluciones y repetimos tristemente muchos de sus mismos errores sin capitalizar sus aciertos. Nos preocupamos más por reflexionar sobre nuestro pasado que sobre nuestro futuro, estudiamos más el capitalismo que las alternativas socialistas que van más adelantadas. Aún peor, estudiamos la economía política del capitalismo pero no sus mecanismos ideológicos que continúan corroyéndonos, y del socialismo enfatizamos solamente algunas experiencias y desde una perspectiva apologética que desconoce sus contradicciones reales.

Sin duda que nuestra revolución presenta logros evidentes en la apropiación de la experiencia revolucionaria universal, tal como es el caso de nuestra política exterior. Si comparamos el trabajo de la política exterior cubana en su primer lustro de vida con el de la revolución sandinista, vemos un salto cualitativo enorme. Si en Nicaragua hubiéramos desarrollado la misma política exterior que

llevó a cabo la revolución cubana en sus inicios, ya hubiéramos sufrido una intervención directa del imperialismo yanqui. Claro que son dos coyunturas internacionales diferentes y que hoy contamos con la evaluación autocrítica de la misma revolución cubana. La política exterior nicaragüense ha logrado crear un respaldo pluralista y amplio en la comunidad internacional, y ha impedido la intervención directa del imperialismo, aunque no ha podido detener el proyecto contrarrevolucionario.

Por el contrario se pueden señalar errores archiconocidos como ha sido el tratamiento de la cuestión étnica de la Costa Atlántica, que ya otras revoluciones han experimentado y han analizado. Claro que la falta de aprendizaje de esa experiencia universal, ha sido superada actualmente con un alto costo, gracias a una reflexión autocrítica que replantea la problemática étnica sobre nuevas bases, acordes con la experiencia y la teoría de otras revoluciones. Otro ejemplo que se podría señalar es el tratamiento de la cuestión campesina, el cual también se está actualmente replanteando, al menos en las regiones I y VI, bajo el acicate de la agresión.

En el otro extremo encontramos una discordancia entre teoría y praxis política que podría denominarse **“la pereza de la imitación”**, es decir la copia de modelos, conceptos y teorías elaborados en otras revoluciones como consecuencia de una reflexión teórica adecuada a esos contextos, pero que al pretender extrapolarlos mecánicamente a nuestra realidad le colocamos una camisa de fuerza a nuestra praxis e impedimos su articulación enriquecedora con nuestra teoría revolucionaria.

Lógicamente es más fácil cambiar de manual, pasar de Samuelson a Konstantinov o Rubinstein, que tratar de elaborar una reflexión teórica a partir de nuestra realidad, donde tomemos en cuenta a esos autores sólo en la medida que nos sirvan para comprender esta praxis específica. Esta actitud de traslación mecánica de la teoría universal corre pareja con la aceptación acrítica de otras experiencias revolucionarias, hecho explicable en el marco de la aguda confrontación ideológica con la reacción, pero que impide aprender de sus fallas y problemas al omitirlos.

Quizás el caso de la religión sea el ejemplo más connotado de esta imitación teórica, a partir de la cual se ha retomado una reflexión válida para otras sociedades y otras épocas que contrapone la religión y la revolución; la primera como una con-

cepción idealista, burguesa y reaccionaria, y la segunda como una concepción materialista, proletaria y revolucionaria.

Esta dicotomía tajante no permite comprender nuestra realidad, en la que se ha dado un movimiento cristiano revolucionario, que inclusive a nivel teórico ha incorporado una serie de postulados del materialismo histórico en su Teología de la Liberación. La extrapolación mecánica de la anterior teorización ajena a nuestra realidad significa una camisa de fuerza en nuestra praxis, que provoca un agudizamiento objetivo de las contradicciones entre religión y revolución, tanto por el accionar del sector revolucionario imbuido de dicha concepción negativa sobre la religión, como por la acción del sector religioso tradicional que confirma sus temores apocalípticos al ver dicha posición extendida en programas y textos universitarios obligatorios.

Es interesante observar que la reflexión original sobre la praxis política y religiosa de Nicaragua realizada por la Dirección Nacional del FSLN, hace cinco años, es desconocida generalmente por los dos sectores antes mencionados, quienes prefieren tomar como referencia histórica de sus concepciones opuestas, los casos de la URSS, Polonia o Cuba, antes que la praxis nicaragüense.

Se podrían señalar otros ejemplos de esta adopción de concepciones foráneas, tal como es el triste caso de la concepción **“Este vs Oeste”**, como criterio interpretativo de la revolución sandinista por parte del imperialismo y sus ecos locales, donde se pretende ubicar a Nicaragua junto con la URSS en contra de la “civilización occidental y cristiana”. Sin embargo, nuestro interés principal es señalar las discordancias entre teoría y praxis revolucionaria, desde una perspectiva revolucionaria con el objetivo de contribuir a la superación dialéctica del proceso. Es más, la discordancia teoría-praxis en el sector reaccionario es “natural” y “lógica”, ya que su discurso teórico debe cumplir el papel de enmascarar y distorsionar la comprensión de la realidad y su transformación revolucionaria para mantener o recuperar su dominación.

V. Discordancia entre la praxis y una teorización retórica

Una tercera discordancia que quiero señalar es aquella que se da entre la praxis real y una teorización de carácter retórico y parcial. Este desfase se observa en un discurso político que subor-



Manifestación por la paz de los cristianos en Nicaragua.

dina la objetividad a la emotividad y a la defensa de la revolución, con fines comprensibles tales como dar confianza al sujeto histórico sobre el proceso, y desmentir las calumnias de la propaganda contrarrevolucionaria.

Sin embargo, la **subordinación de la objetividad** a estos fines políticos provoca una confusión entre el SER y el DEBER SER, porque ese discurso plantea lo que debe ser como si ya fuera realidad. Es decir, se pretende de manera idealista convertir los objetivos propuestos, la voluntad, la subjetividad en objetividad.

Esto se observa diariamente en la contradicción que existe en muchos sujetos entre sus "chagüites" pletóricos de declaraciones y compromisos revolucionarios y su práctica cotidiana en el ámbito laboral, familiar, vecinal o escolar. Tal es el caso de la inconsecuencia observada entre el análisis de la crisis económica y la condena del bloque imperialista, respecto de una praxis consumista y de un bajo rendimiento laboral. O el caso de las referencias retóricas al proletariado que

contrastaban con su acción coadyuvante del mercado negro vía pago en especies, hasta reciente fecha.

Por supuesto que esta discordancia no se practica en los sectores revolucionarios más conscientes que predicán con el ejemplo y con la realidad antes que con la palabra. El problema de este desfase entre praxis y retórica es que no reconoce las contradicciones objetivas y entonces mal puede orientar su resolución. Una visión maniquea de la realidad, que invierte los valores bueno—malo, blanco—negro, de la propaganda contrarrevolucionaria, puede cumplir una función apologética de la revolución pero trae otros **resultados trágicos: la pasividad y el autoengaño**. Si todo lo que debe ser ya lo hemos logrado en la revolución, ¿para qué vamos a trabajar en aras de ese objetivo?, mejor nos quedamos pasivos celebrando el éxito, el logro, el triunfo. Si todos nuestros problemas son provocados por un agente externo, entonces, nos quedaremos pasivos frente a las causas internas propias de esos problemas.

Por otro lado, al confundir el ser con lo que uno dice ser se produce un autoengaño. Por ejemplo, se habla de la participación obrera en la gestión económica cuando lo que se ha logrado, en algunas empresas estatales con sindicatos organizados, es que los obreros estén informados de la marcha de la empresa, y que puedan opinar libremente en asambleas y en Consejos Consultivos, tal como lo comprueban algunos estudios sociológicos. Este es un gran avance respecto del pasado, pero a gran distancia de una participación efectiva, organizada y permanente en la conducción real de la empresa.

Claro está que en el sector contrarrevolucionario este desfase entre retórica vs praxis es “el pan nuestro de cada día”, por ejemplo el liberalismo que se presenta adornado con flores en **La Prensa** —periódico de la burguesía nicaragüense— está a mil años luz de la trágica realidad que el capitalismo ha impuesto a la humanidad, en especial a los países dependientes. Esta posición contradictoria es lógica ya que es inherente a la ideología de dominación burguesa que invierte la realidad en su discurso para encubrirla y defenderla. Pero este desfase, este método de inversión, no debiera ocurrir en el sector revolucionario.

El caso de la censura, que ha sido debatido recientemente en el Congreso de Unión de Periodistas de Nicaragua (UPN), es un ejemplo típico de la pretensión de superar una contradicción real mediante la negación de la expresión ideológica de uno de sus polos. Nosotros sabemos que la negación formal de uno de sus polos no permite superar una contradicción, sino el asumir la contradicción y tratar de resolverla en una nueva síntesis donde se conjuguen las diferencias. Lo contrario a la censura —me refiero a la censura político-ideológica y no a la que debe existir en el área militar en un país en guerra, o en el área ética— es el desarrollo de la conciencia crítica del pueblo que le permita distinguir y rechazar aquello que atente contra sus intereses, en un proceso de educación popular que enfrente la lucha ideológica en toda su crudeza, que permita el entrenamiento popular en su defensa ideológica, y que desarrolle su capacidad para develar la seudoconcreción del discurso reaccionario para que el mismo pueblo sea quien censure, al tiempo que se forma como sujeto histórico revolucionario. Nuestra preocupación por la censura (realizada con la buena voluntad de todo paternalismo) no es por defender la libertad irrestricta de expresión de la burguesía, sino porque afecta la autoconstitución del sujeto histórico clasista.

En conclusión, la discordancia entre la praxis real y una teorización retórica que no tiene a la praxis como su criterio de verdad, significa caer en una **posición idealista y voluntarista** como aquella de los neohegelianos que creían que la crítica teórica era de por sí una fuerza transformadora de la realidad. Sin duda que este discurso retórico es efectivo en despertar la pasión revolucionaria, pero ésta es un complemento necesario y no un sustituto de la teoría revolucionaria.

VI. Desfase entre el sujeto de la praxis y el sujeto de la teoría

La cuarta y última discordancia que quiero plantear es la que se da entre el sujeto que realiza la praxis y el sujeto que realiza la teorización. En la concepción marxista no deben existir diferencias entre ambos: el sujeto de ambos debe ser el proletariado, que en Nicaragua significa otros sectores populares como ya lo hemos expresado antes.

Este desfase se observa en que la tendencia predominante de los sectores populares es la actividad práctica, la praxis transformadora de la realidad, mientras que en otros sectores el énfasis reside en su actividad teórica. La teorización se realiza en ámbitos como las universidades, los centros de investigación, las dirigencias de los partidos políticos y organizaciones populares, las altas esferas del estado y de los medios de comunicación. En el lenguaje político se observa este fenómeno en frases donde se expresa que hay que “bajar orientaciones al pueblo”, “aclarar a las bases”, “transmitir hacia...”, “enseñar a ...”, “sacar del atraso a las masas”.

Esta discordancia entre los sujetos y ámbitos que realizan predominantemente la praxis y la teorización es comprensible por diversas razones, pero no por ello podemos ocultarla. Es necesario salvar esa diferencia entre los sujetos que realizan y desarrollan una conciencia clara del proyecto revolucionario, y el nivel de teorización que el pueblo realiza sobre su praxis.

Un ejemplo reciente fue el Congreso Nacional Científico Técnico Agropecuario, donde los funcionarios estatales expusieron diversas políticas y proyectos de desarrollo agropecuario, elaboradas por técnicos y especialistas, pero sin la participación efectiva de los productores, del campesinado y de los obreros agrícolas, pese a que estos sujetos están involucrados en la realización práctica de esas medidas, claro que como objetos o

medios de las mismas. Se podrían señalar otros muchos ejemplos, como son diversas leyes y normas aprobadas por el gobierno donde la reflexión y teorización que fundamenta la decisión del legislador, no ha sido acompañada y alimentada por una reflexión similar del pueblo, aunque sea el sujeto histórico quien las ejecute, o las deba cumplir.

Es oportuno recordar la Tesis 3 de Marx sobre Feuerbach que dice:

“La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Esa concepción conduce forzosamente a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad.” (10)

Aquí se plantea esta célebre dicotomía que observamos diariamente en nuestra realidad: unos plantean que el pueblo es ignorante, entonces otros tienen que enseñarle, y por el otro lado se plantea que el pueblo es sabio y nada tiene que aprender. El Cmdte. Carlos Fonseca, concuerda con la tesis de Marx al señalar que todo sandinista **debe aprender de las masas para poder enseñar a las masas**. Así la dicotomía se resuelve en la relación dialéctica entre dirigentes y bases o, en el campo económico, entre técnicos y trabajadores, o, en el área educativa, entre profesores y alumnos. La recuperación del saber popular es un paso necesario para la reflexión teórica que oriente la praxis revolucionaria, así como es necesario retomar el saber científico universal.

He aquí la debilidad de muchas investigaciones que se realizan en Nicaragua sobre la realidad que vive el pueblo, con el loable fin de contribuir a solucionar su problemática, pero sin su participación auténtica, salvo como objeto pasivo de estudio. Inclusive en la mayoría de los casos el sujeto histórico cosificado en dicha investigación, ni se entera de los resultados informativos o analíticos de su propia praxis por negligencia, inconsciencia o por ser aquellos “documento confidencial”.

En este ejemplo, como en los antes mencionados, lo trascendente, desde la perspectiva de la integración teoría-praxis en la autoconstitución del su-

jeto histórico, no es si la decisión o la reflexión es correcta, sino si es el sujeto histórico clasista quien la está realizando o no.

La discordancia entre los sujetos de la praxis y de la teoría no puede superarse sin establecer **nuevas relaciones sociales en el proceso de producción del conocimiento**, así como **en el proceso de toma de decisiones** sobre la vida social. Hay que profundizar en el análisis y **en la praxis de la participación** del sujeto histórico en la transformación de sí mismo y de la realidad. En el campo de la investigación existen metodologías participativas que superan la dicotomía entre sujeto y objeto, y que tratan de conocer la realidad al mismo tiempo que educan y forman al sujeto histórico y a los técnicos involucrados. Y en todas las áreas de la praxis social no podemos reducir la participación a la mera ejecución práctica de tareas, sino incorporarla a la reflexión sistemática sobre esa praxis y a las decisiones que se toman.

Los factores mencionados en el primer desfase entre teoría y praxis, también actúan en este cuarto caso: el atraso educativo heredado, el peso de los sectores reaccionarios, el activismo de los organismos populares, la desvinculación sistema educativo vs praxis revolucionaria, y el verticalismo en la educación y en la dirección del sujeto histórico. Sin ánimo de subestimar el peso de los factores objetivos, es preciso recordar que cada año que pasa tenemos menor autoridad para atribuir nuestras debilidades al pasado pre-revolucionario, y que el retraso en la transformación ideológica que se observa en muchos procesos revolucionarios contemporáneos no es debido a ninguna ley del desarrollo social, sino a limitaciones en la dirección de la transición al socialismo.

La autoconstitución del pueblo como sujeto histórico no es compatible con una concepción de la “dirección científica” del proceso de construcción de la nueva sociedad, que postula la existencia de un “sujeto de dirección” y un “objeto dirigido”, el primero encarnado en el estado y el partido es quien dirige, mientras que el segundo, la sociedad, es el objeto dirigido. Sería utópico negar la necesidad de la dirección científica de la transición al socialismo, o desconocer el papel de un organismo político que actúe en representación del sujeto histórico ya que por un simple problema demográfico la democracia directa es imposible, pero debemos estar vigilantes para que los representantes del sujeto histórico impulsen su proceso de autoconstitución de manera sistemática y en medio de las diferentes coyunturas, y no

lo castren por vías coercitivas, centralistas o paternalistas.

Sin duda la revolución sandinista ha impulsado la elevación del nivel de teorización y conciencia del pueblo, tal como se ha observado en las elecciones de 1984, en la movilización al sexto aniversario, o en su participación en las organizaciones populares y otras instancias de la democracia que se está construyendo sobre las ruinas de la sociedad anterior y en medio de una colosal e injusta agresión. No obstante ello no niega la distancia que aún resta para que el sujeto que realiza la praxis revolucionaria, también sea autor pleno de la teoría revolucionaria. Nuestro propósito debe ser analizar este fenómeno para superarlo gradualmente, porque está en juego la superación de la división entre trabajadores manuales e intelectuales que lleva miles de años, bajo diferentes ropajes y modos de producción, sustentando una división clasista que rechazamos tajantemente para nuestra futura nueva sociedad.

VII. Las funciones de los filósofos revolucionarios

Por último, queremos contribuir al objetivo de este Coloquio analizando el significado de esta problemática teoría—praxis para los filósofos revolucionarios, para no hablar ambiguamente sobre “la filosofía” o “los filósofos”

En primer lugar, una tarea para los filósofos y científicos revolucionarios es profundizar en el análisis de esta relación teoría—praxis política, de sus desfases y discordancias, para señalar pistas de superación. El quehacer filosófico debe asumir la **función de conciencia crítica y analítica de la praxis**, teorizar sobre la transformación revolucionaria tanto en sus aspectos cognoscitivos (develar la lógica y estructura de la realidad) como en sus aspectos teleológicos (proponer fines para este proceso).

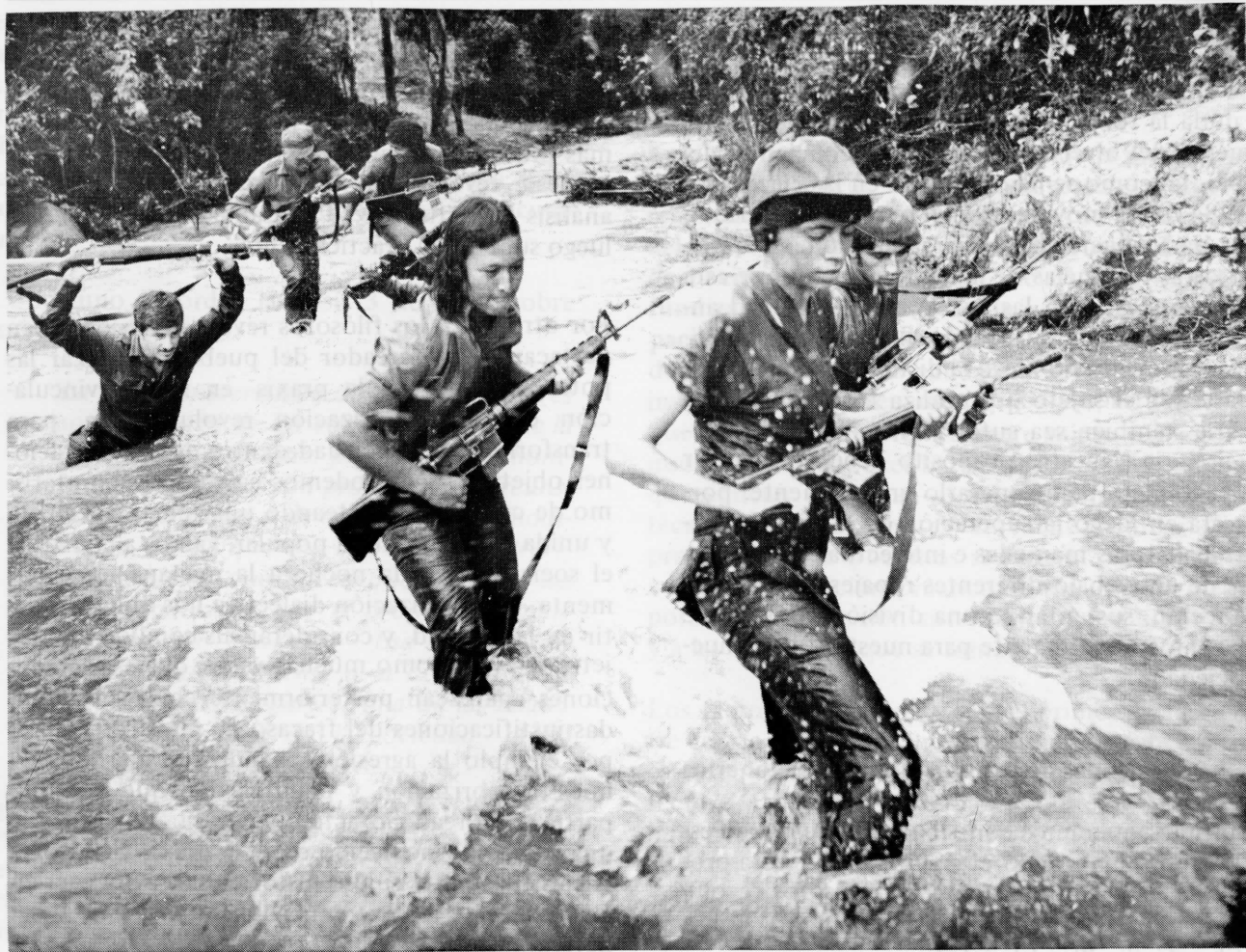
Pero este quehacer no puede ser el coto reservado de una élite intelectual, sino que debe multiplicarse y encarnarse en el sujeto histórico clasista. Para ello, el filósofo revolucionario debe ser, ni más ni menos, que un “intelectual orgánico” del pueblo. Debemos recuperar el concepto y la praxis gramsciana del intelectual como expresión orgánica de los intereses populares, quien posee la suficiente humildad para estar junto con el pueblo, en un aprendizaje mutuo y en la transformación del mundo.

Es importante el papel del filósofo revolucionario

en el impulso a la reflexión crítica, en sembrar la duda metódica, en especial de las herencias ideológicas que revestidas con nuevos ropajes pretenden ser ciudadanos de la nueva sociedad. Porque más preocupante que los errores cometidos en un proceso revolucionario, es la limitación en el análisis científico de su causalidad a fin de poder luego superarlos prácticamente.

Por otro lado, los filósofos revolucionarios deben destacar el rol creador del pueblo, enfatizar las potencialidades de la praxis en íntima vinculación con una teorización revolucionaria, para transformar esta sociedad dentro de sus limitaciones objetivas. No podemos caer en el voluntarismo de creer que planteando una teoría adecuada y unida a una voluntad popular, vamos a construir el socialismo de la noche a la mañana. Precisamente, una teorización dialéctica nos obliga a partir de la realidad, y considerar sus condiciones objetivas, y no, como muchas veces, que esas condiciones aparezcan posteriormente como pretendidas justificaciones del fracaso de nuestros planes, por ejemplo la agresión, cuando fue una falla de nuestra teorización y planificación que no supo partir de la realidad actual y futura. Es decir que una correcta vinculación entre la praxis y la teoría encarnadas en el sujeto histórico nos evita caer en cualquiera de los extremos del voluntarismo y del determinismo.

Otra función del filósofo revolucionario es **rescatar el valor de la utopía** como crítica de los males del presente y proyección de alternativas mejores que pueden guiar nuestro camino. La reflexión crítica sobre la praxis política presente debe contrastar lo real con lo posible, lo realizado en este período pese a las limitaciones objetivas y lo realizable descontando las fallas subjetivas; debe comparar el presente con el pasado y también con el futuro propuesto, y evitar la visión estática para descubrir las tendencias, la dinámica del proceso. Como intelectual orgánico del pueblo, el filósofo revolucionario debe contribuir a la superación de los prejuicios anti—teóricos para que el sujeto histórico pueda trascender el mundo de las experiencias y las apariencias cotidianas, que pueda tomar distancia de su praxis y su realidad inmediatas, y que desarrolle el hábito de la reflexión teórica y de la elaboración de alternativas futuras. Entendiendo la teoría no como una actividad extraterrestre, abstracta y especulativa (percepción a la que han contribuido muchos filósofos), sino la teoría como una reflexión científica y crítica, sobre y dentro de la praxis.



Del cumplimiento de estas funciones depende la resolución dialéctica de las contradicciones objetivas, porque no vamos a llegar al socialismo por la propia dinámica de las contradicciones sino por una correcta conducción y construcción de sus resoluciones por el sujeto histórico clasista. Y a propósito de contradicciones, es bueno señalar que la prioridad obvia que posee la contradicción principal y fundamental de nuestra revolución (nación-imperio) no debe hacernos olvidar que las contradicciones secundarias y terciarias siguen desarrollándose objetivamente, muchas de ellas mal formándose sin resolverse ni apuntar a una nueva sociedad, aunque subjetivamente las ignoremos, las pospongamos o las subordinemos a la tarea de resolver favorablemente la contradicción principal.

La unidad teoría-praxis en el sujeto revolucionario es una condición necesaria para el control de la naturaleza y de la sociedad, es decir para pasar del reino de la necesidad al reino de la libertad. Esta unidad teórico-práctica en el pueblo permi-

te que el curso del desarrollo histórico dibuje una espiral ascendente, un camino que no retorne al pasado y que abra de manera incesante las potencialidades creadoras del pueblo.

Respecto de los fines de la praxis política revolucionaria, no creo que hayan muchas dudas sobre esa "nueva sociedad", ese "hombre y mujer nuevos", imbuidos de una ética que recoja lo mejor del socialismo y del cristianismo, con características en diversos documentos, tal como "Los fines, principios y objetivos de la nueva educación en Nicaragua" aprobado por el gobierno luego de una amplia consulta popular. Lo importante es ver que esos fines no se contradigan con la praxis que, supuestamente, debe conducir a ellos; es decir que la estrategia para lograr una "nueva sociedad" debe concordar con los principios de esa meta lejana. Lógicamente, puede haber tácticas o pasos conyunturales que nos hagan retroceder o desviarnos por un camino lateral. Desde esta perspectiva el ayuno profético popular impulsado por el Padre Miguel D'Escoto tiene el enorme valor de



Presidente de la República Cmdte. de la Revolución, Daniel Ortega S. en el 40 Aniversario ONU.

recordarnos que existen medios pacíficos de resistencia frente a la agresión, que concuerdan con la paz que perseguimos como fin estratégico de la "nueva sociedad", y que los métodos violentos que necesariamente debemos emplear para defender nuestra patria hoy día van en contra de los principios y fines estratégicos de la sociedad futura, aunque estemos obligados a desarrollarlos mientras que las circunstancias históricas lo exijan.

En esta vieja polémica sobre los fines y los medios, quizás ayude visualizar la "nueva sociedad" como un edificio que queremos construir, y en el que cada bloque que vamos colocando son parte de esa nueva estructura, en vez de imaginarlo como una cumbre que deseamos alcanzar y por tanto el problema consiste en escoger el camino correcto. En la metáfora del edificio el fin no es algo ajeno a la estrategia y al medio que estamos utilizando.

Los filósofos revolucionarios deben explicitar claramente la naturaleza de la nueva sociedad porque **ese fin estratégico constituye un criterio fundamental para el análisis crítico de la praxis política presente.** Por ejemplo, ese criterio nos permite analizar la tesis de que el desarrollo de las fuerzas productivas nos conducirá al socialismo de acuerdo a las leyes immanentes del desarrollo social. Tesis aceptada en sociedades en transición con un alto desarrollo de sus fuerzas productivas, que continúan elevando su producción y su productividad para satisfacer demandas materiales siempre crecientes y paralelas a las planteadas en las sociedades capitalistas avanzadas, en un proceso donde parece confundirse los fines y los medios en la construcción de esa nueva sociedad.

Los filósofos revolucionarios nicaragüenses ubicados en una visión retrospectiva del desarrollo histórico de la humanidad, deben contribuir a esta

etapa de transición hacia el socialismo que vive el mundo contemporáneo. Una etapa que trata de superar doce milenios de desarrollo clasista a través de diversos modos de producción, y que pretende aplicar por vez primera la capacidad y el conocimiento teórico-práctico de los pueblos en la tarea de la transformación y construcción social. En esta etapa que trata de enterrar para siempre los viejos fetiches sin caer en el error de

reconstruirlos con nuevas máscaras, los filósofos revolucionarios nicaragüenses deben aportar a la praxis y a la teoría universal desde la riqueza particular del proceso revolucionario sandinista, conscientes de que el rumbo y la dinámica de ese enorme cambio mundial no está predeterminado por leyes ajenas a la voluntad humana, sino que depende de la capacidad del sujeto histórico clasista de unir dialécticamente su praxis y su teoría política revolucionaria.

Notas

- | | |
|--|---|
| (1) Sánchez Vázquez, Adolfo; Filosofía de la praxis . México: Grijalbo, 1980. | (7) Parisí, Alberto: Elementos para una teoría general de la dialéctica histórico-social . México, 1982 (mimeo). |
| (2) Ibid. | (8) Ibid. |
| (3) Marx, C.; Obras Escogidas . Moscú: Progreso, 1981. | (9) Ver G. Della Volpe y otros, La dialéctica revolucionaria . México: Universidad Autónoma de Puebla, 1977. |
| (4) Ibid. | (10) Marx, Carlos; Obras Escogidas . Moscú: Progreso, 1981. |
| (5) Ibid. | |
| (6) Ibid. | |